
Una crónica del periodismo cultural

Sergio Vila-Sanjuán



ÍNDICE

PRÓLOGO. <i>Para Sergio Vila-Sanjuán, la cultura es una país acogedor</i> , por Roberto Herrscher.	9
INTRODUCCIÓN. <i>Apasionados por la creación</i>	19
UNO. <i>Tres pioneros</i>	23
DOS. <i>Cronistas del fin de siglo</i>	37
TRES. <i>Borges, informador cultural</i>	45
CUATRO. <i>El estilo New Yorker</i>	53
CINCO. <i>Metamorfosis del periodismo cultural en La Vanguardia</i>	69
SEIS. <i>El periodismo cultural del boom</i>	93
SIETE. <i>Maestros recientes</i>	105
CONCLUSIONES.	117

UNO

TRES PIONEROS

Aunque el periodismo escrito tal como hoy lo entendemos nace sobre todo con los grandes diarios del siglo XIX, existen incontables antecedentes de información impresa, y también recogida en escritura antes de la invención de la imprenta. Nuestra propuesta de selección de pioneros abarca tres autores que utilizaron técnicas de recopilación documental que se siguen empleando para plasmar historias de creación cultural. Y lo hicieron con una altura y un talento que los convirtió en clásicos y han mantenido vigente su trabajo hasta la actualidad.

Giorgio Vasari: buscando a Miguel Ángel

Giorgio Vasari, «el Aretino», es a nuestro entender la primera gran figura histórica del periodismo cultural en el sentido que actualmente le damos. Su obra *Las vidas de los más excelentes arquitectos, pintores y escultores italianos*, publicada en 1550,¹ constituye la mejor fuente de in-

1. VASARI, Giorgio. *Las vidas de los más excelentes arquitectos, pintores y escultores italianos desde Cimabue a nuestros tiempos*. Pre-

formación directa sobre el mundo artístico renacentista. Vasari (1511-1574) ciñe su objeto de estudio al estricto terreno de la cultura —las trayectorias vitales de los más eminentes creadores de su época— y para desarrollarlo se desplaza en persona a los lugares donde puede encontrar información, visitando talleres, entrevistando artistas, familiares, colegas y amigos; en suma, cultivando todas las fuentes primarias y secundarias a su alcance.

Pintor y arquitecto, y no desdeñable —a él se debe el Palacio de los Uffizi de Florencia—, creía en la escritura, sobre sí mismo y sobre otros creadores, como instrumento de promoción del trabajo artístico. Protegido de Cosme de Medicis, empieza a trabajar en su libro en 1546. La primera edición de estas *Vidas*, donde acuña el término Renacimiento (*rinascita*), aparece en 1550; la segunda, en 1568. En total recopila 133 perfiles de creadores, que constituyeron hasta bien entrado el siglo xx el documento más consultado por quienes han historiado la época.

En la primera parte de su obra aborda cuestiones técnicas de las distintas disciplinas: las diferentes piedras que utilizan los arquitectos, la construcción de bóvedas con argamasa, el modelado en cera, barro y bronce, el escorzo, la pintura mural, la pintura al temple, el óleo, el claroscuro, el esgrafiado, el mosaico de vidrio...

Pasa después a los retratos propiamente dichos: de pintores (la disciplina mejor representada) como Giotto, Duccio, Paolo Uccello, Masaccio, Antonello da Messina,

sentación de Giovanni Previtali, edición de Luciano Bellosi y Aldo Rossi, varios traductores. Cátedra, Madrid, 2002.



Cubierta de un ejemplar de las Vidas de Vasari subastado en Sotheby's en mayo de 2014.

Domenico Ghirlandaio, Andrea Mantegna, Andrea del Sarto, Leonardo da Vinci... También de arquitectos como Leon Battista Alberti, Bramante da Urbino, Antonio da San Gallo... Y de escultores como Andrea Pisano, Donatello, Andrea Verrocchio, Andrea da Fiesole...

Aunque la mayoría de los biografiados estaban muertos cuando empezó a trabajar, algunos perfiles fueron realizados en vida del artista, como es el caso de Miguel Ángel, lo que confirma el puesto de honor de Vasari en los anales periodísticos. Para realizarlo utilizó sus diálogos con el personaje, conversaciones sobre el artista mantenidas con personas próximas, y material documental en el que destacan los contratos de aprendizaje.

En ese texto, Vasari combina profundidad y ligereza, como han hecho después los grandes periodistas culturales que le han seguido. Junto a la información factual y el análisis estilístico, utiliza adecuadamente las anécdotas. Recuerda que un colega envidioso, en su juventud, le dio a Miguel Ángel un puñetazo que le rompió la nariz. A este lo define como un personaje temperamental, que insulta a quienes no le caen bien y mantiene broncas monumentales con su protector el papa Julio II, por la Capilla Sixtina y por otros proyectos de sepultura. Un día —relata— el Papa se presentó por sorpresa a ver la Capilla y el escultor, colérico, le lanzó unas tablas.

Detalla asimismo rasgos de ingenio de Miguel Ángel, como estos diálogos con visitantes:

VISITANTE (*a propósito de un artista conocido de ambos*):

Está empezando a pintar.

LIONARDO DA VINCI

3



VITA DI LIONARDO DA VINCI
PITTORE, ET SCVLTORE
FIORENTINO.



RANDISSIMI doni si veggono piouere da gli influſi celeſti, ne' corpi humani molte volte naturalmente: & ſopra naturali taluolta ſtraboccheuolmente accozzarſi in vn corpo ſolo, bellezza, grazia, & virtù; in vna maniera, che douunque ſi volge quel tale, ciaſcuna ſua azione è tanto diuina, che laſciando ſi dietro tutti gl'altri huomini, manifeſtamente ſi fa conoſcere, per coſa (come ella è) largita da Dio, & non acquiſtata per arte humana. *Queſto lo viſa*

Capitùlo de Vasari dedicato a Leonardo da Vinci.

MIGUEL ÁNGEL: Se le nota.

VISITANTE (*comentando una obra*): Es una Piedad.

MIGUEL ÁNGEL: Cierto. Realmente hace falta piedad para verla.

En otros perfiles llama la atención su franqueza: del hoy olvidado Gherardo Starnina cuenta que era un tipo «antipático» y que tuvo que desplazarse a España para aprender a ser «gentil y amable» (?).

Del pintor florentino conocido como El Graffione y su protector Lorenzo el Magnífico reproduce la siguiente conversación, a propósito de una obra en marcha para la que faltaban especialistas:

LORENZO (*despreocupado*): Disponemos de dinero para formar maestros.

EL GRAFFIONE: Ay, Lorenzo, el dinero no da maestros, son los maestros los que dan dinero.

El Graffione nunca comió en mesa servida con otra cosa que con hojas de cartón fabricadas por él mismo, ni durmió en otro lecho que «en un cajón lleno de paja sin sábana alguna», según explica con delectación su biógrafo.

Aunque Vasari afirma que «en todas aquellas virtudes y labores en que han querido adentrarse las mujeres, tras alguna práctica, han sido siempre excelentísimas y más que famosas», sus retratados son casi siempre hombres. Con alguna rara excepción como la escultora boloñesa Properzia de Rossi, «joven de talento, no sólo en las co-

sas de la casa, como las demás, sino también en infinitas ciencias, de tal manera que, además de las mujeres, la envidiaban todos los hombres. Fue hermosísima de cuerpo, y cantaba y tocaba mejor que ninguna otra mujer de la ciudad de su época».

La artista talló en huesos de melocotón [*sic*] escenas de la Pasión de Cristo, y a mucho mayor formato, en mármol, las tres puertas de la primera fachada de San Petronio, que la consagraron. Siguieron dos ángeles en altorrelieve en el mismo edificio, que llamaron la atención del propio papa Clemente VII. Enamorada sin éxito de un guapo joven, a Properzia «todo le salió perfectamente, excepto su infelicísimo amor», según consigna el Aretino.

A Vasari la posteridad le ha discutido determinadas aportaciones: algún pintor de los que describe, como Berna Sienés, no es del todo seguro que existiera. De otros, como Duccio, no vio directamente la obra. Pero sus *Vidas* se conservan inesquivables para cualquier estudioso o simple amante del arte.

James Boswell: anecdótico y ético

De la *Vida de Samuel Johnson*² se ha dicho que es «la mejor de las biografías». Pero en realidad no se trata de una biografía, sino más bien de la descripción de una larguísima

2. BOSWELL, James. *Vida de Samuel Johnson*. Presentación de Frank Brady, edición y traducción de Miguel Martínez-Lage. Acantilado, Barcelona, 2007.

sima tertulia prolongada durante años en la que Johnson y sus amigos brindan opiniones sobre las cosas más variopintas. También se ha señalado (Frank Brady), y eso es cierto, que unifica las tradiciones ética y anecdótica. En cualquier caso constituye una de las grandes referencias de la literatura inglesa y un libro con mucho sentido del humor, donde los dialogantes agrupados en torno al personaje que da nombre a la obra se plantean desde «una competición de versos absurdos» hasta un sinfín de asuntos de la vida cotidiana.

Samuel Johnson (1709-1784) estaba considerado como la principal figura literaria de la Inglaterra de su época y un gran mandarín cultural, sobre todo por su célebre diccionario (*A Dictionary of the English Language*), pero también por una amplia obra en los más variados géneros: ensayo, poesía, novela filosófica y teatro. Hijo de un librero, había conocido la pobreza y por ello apreciaba como nadie la buena vida. Anglicano y *tory*, padecía tics y trastornos compulsivos.

James Boswell, por su parte, era hijo de un juez del Tribunal Supremo de Escocia y recibió una formación humanística de primera. Pero llevó una intensa vida de juerguista y frecuentador de prostíbulos, y acabó sus días alcohólico y muy deteriorado.

En 1764 Johnson funda The Club, grupo literario que incluye, entre otros, al historiador Edward Gibbon y a Oliver Goldsmith (sobre cuya fatuidad se gastan en el libro muchas bromas). Por esa época conoce a Boswell, quien, fascinado por su figura, se decide a seguirle por los distintos escenarios donde se mueve, levantando acta de

sus charlas y sus dichos, a menudo comiendo en casa de amigos comunes, pero con un punto de encuentro habitual: «nuestro antro de costumbre era la Taberna de Mitra», puntualiza. Frecuentará al maestro durante casi treinta años, tomando nota de sus conversaciones y agudezas.

De Boswell se ha observado que «tenía cualidades positivas pero la delicadeza no era una de ellas», y que «no pasaba de ser un reportero», lo que a nuestros efectos resulta más bien un elogio, ya que, en efecto, sus técnicas son las del periodista: recoger información fresca allí donde surge y transcribirla de la forma más amena posible, haciendo énfasis en los aspectos novedosos, llamativos o pintorescos del material que tiene entre manos.

La *Vida de Samuel Johnson* sobresale en frases taxativas de su principal protagonista, que han pasado al acervo común. Como estas:

Sólo el martirio establece la verdad en materia de religión.

Un hombre que predique desde el cepo siempre tendrá oyentes.

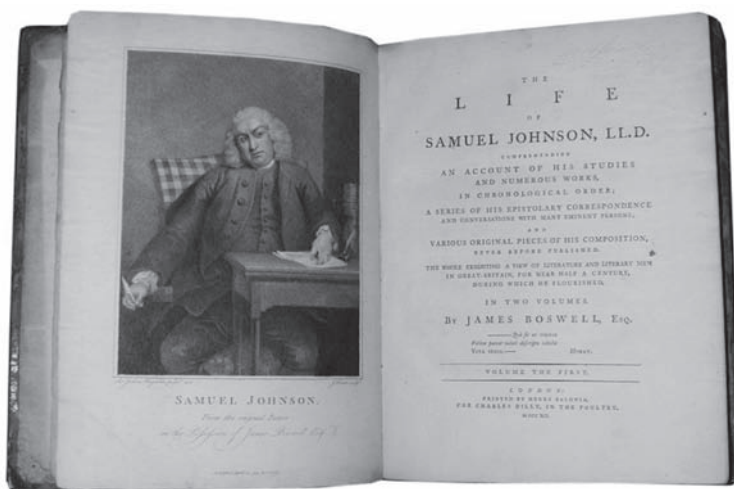
Tenga lo que tenga, gaste menos.

Aquel que alaba a todo el mundo no alaba a nadie.

A las personas, más habitualmente hay que recordarles que informarles.

Y la celebérrima y nunca suficientemente recordada:

El patriotismo es el último refugio de los canallas.



Una primera edición de la Vida de Samuel Johnson, de James Boswell, impresa en Londres por Henry Baldwin para el librero y editor Charles Dilly en dos volúmenes (1791).

Boswell recoge en su libro incontables opiniones, contradictorias entre sí de Johnson, que a menudo se notan emitidas sólo por el gusto de formularlas, y no pocas disquisiciones lógicas que parecen plasmadas por puras ganas de meter baza y brillar en algunos de los cenáculos a los que ambos concurrían. Recoge también, por ejemplo, la incomodidad de la propia señora Boswell cuando Johnson pasó una temporada en su casa. «Entiendo que los osos sigan a un hombre, pero no que un hombre siga a un oso», señaló a propósito de su marido.

La publicación de la *Vida de Samuel Johnson* le acarreó a su autor numerosos problemas con algunos de los personajes aún vivos que en ella aparecían, y que habían

sido lacerados por la afilada lengua de su amigo. También hubo quien consideró que había violado confidencias. Lo que acerca aún más a Boswell al gremio periodístico, siempre susceptible de levantar ampollas con sus revelaciones.

El libro-entrevista de Eckermann con Goethe

Mientras que, como se ha apuntado, la *Vida de Samuel Johnson* muestra la estructura desenfadada de una larga tertulia informal, radicalmente diferente es el primer gran libro-entrevista de la historia: *Conversaciones con Goethe en los últimos años de su vida. 1836-1848*.³

Johann Peter Eckermann (1792-1854), escritor alemán, conoció al autor de *Werther* tras enviarle un manuscrito de reflexiones sobre su poesía. Muy bien acogido, a lo largo de una docena de años el joven rinde regular visita en su residencia de Weimar al que ya por aquel entonces es considerado primera figura de las letras alemanas y una de las luminarias de la cultura universal. Juntos repasan las grandes preocupaciones del maestro y algunos asuntos de índole más cotidiana.

El escrito mantiene un tono sesudo y reverente. La admiración de Eckermann se plasma sin fisuras. Repite muy a menudo «me sentí muy afortunado» de que Goethe

3. ECKERMANN, Johann Peter. *Conversaciones con Goethe*. Edición y traducción de Rosa Sala Rose. Acantilado, Barcelona, 2005.

le confiara esto y aquello. Las preguntas son trascendentes y abordan cuestiones de gran calado:

—¿Cómo se puede reconocer si alguien tiene verdadero talento para las artes plásticas? —inquire Eckermann.

—Quien tenga verdadero talento poseerá un sentido innato para la forma, la proporción y el color, de manera que todo lo hará muy rápido y muy bien con pocas instrucciones. Sobre todo tendrá sentido de lo corpóreo, y sentirá el impulso de hacerlo palpable por medio de la luz —responde, magistral, el humanista.

En otra ocasión Goethe le detalla a su confidente qué tipo de hombres de Estado elegiría para gobernar *si él mismo fuera el soberano de la nación*. Serían hombres jóvenes, «dotados de claridad y energía, y además, de la mejor voluntad y nobleza de carácter».

Sin duda el transcriptor consigue reflejar el imponente abanico de intereses del sujeto de su admiración. Entre otras cosas hablan mucho de botánica y de cuestiones científicas, y en una entrada de septiembre de 1828 consigna que el poeta le ha enseñado la «riquísima colección de fósiles» que conserva en un pabellón independiente junto a su casa.

Eckermann sirve de *scout* a Goethe, quien le solicita que le tenga al tanto de las novedades más interesantes en lengua alemana. El maestro, por su parte, le va haciendo partícipe de la elaboración de la segunda parte del *Fausto*, y de cómo, por ejemplo, pasa al quinto acto saltándose el cuarto, que, demasiado complicado, deja de momento sin redactar.

El joven se integra en su círculo más próximo. Viaja a Italia con el hijo de Goethe y ayuda al maestro en la confección de sus *Obras completas*, al tiempo que sigue recogiendo frases del estilo: «Solo deberíamos dar consejo en aquellos asuntos en los que estamos dispuestos a intervenir».

Generalmente sus charlas tienen lugar durante comidas, en las que a veces intervienen otros comensales. En ocasiones un Goethe inspirado simplemente le ordena a Eckermann: «Escriba». Lo cierto es que el genio de Weimar no dudó en corregir personalmente y retocar los dos primeros volúmenes de las *Conversaciones*. ¡La vocación supervisora del entrevistado es uno de los problemas a los que debe enfrentarse alguna vez en su vida cualquier informador!